

# «GLORIA DEI, VIVENS HOMO» USO ACTUAL DE LA FORMULA DE IRENEO

JOSÉ LUIS MORENO

El tesoro de los Padres de la Iglesia guarda expresiones que en el vocabulario teológico y pastoral se han llegado a convertir en axiomas y paradigmas. Su riqueza doctrinal y su rotundidad lingüística las han avalado. Algunas son viejas fórmulas que sintetizan con acierto la verdad que se ha decantado tras una controversia. Otras constituyen el resultado de la reflexión y el encuentro pacífico con la Palabra de Dios. Muchas de ellas se van transmitiendo generación tras generación desde la época medieval y aun antes. Algunas son de reciente descubrimiento: leídos los escritos patristicos a la luz de los «signos de los tiempos», se iluminan de forma nueva y aportan riquezas ocultas.

Una de éstas últimas es la expresión de San Ireneo «*Gloria Dei, vivens homo*»<sup>1</sup>. En estos últimos años se ha convertido en una fórmula paradigmática del humanismo cristiano. Se descubre en la década de los '60, al hilo de la nueva sensibilidad de la teología por el hombre. Resuena en el aula conciliar del Vaticano II. Y se incorpora a la teología y al Magisterio postconciliar. Se utiliza como argumento para temas variados, con el denominador común de la dignidad humana. En algunos casos se cita de manera genérica como eslogan, sin preocupación de buscar su sentido original y a veces hasta oscureciéndolo. En otros se presenta de modo completo recurriendo al contexto y comentario de Ireneo.

En este trabajo hacemos en primer lugar un recorrido del uso de la expresión en estos últimos años; y después mostramos el sentido original en San Ireneo.

---

1. IRENEO DE LYON, *Adversus Haereses*, IV, 20, 7.

### 1. *La incorporación de la fórmula a la Teología católica y al Magisterio eclesiástico*

No pretendemos hacer un estudio exhaustivo de todos los documentos. Pero la muestra indica, al menos, el proceso que de hecho se ha seguido en la recuperación de esta fórmula para la teología. La analizaremos primero en los teólogos y después en el Magisterio Eclesiástico.

#### 1.1. *En la Teología desde las vísperas del Vaticano II*

Los manuales clásicos de Teología hasta la misma época del Concilio no mencionan para nada dicha expresión al explicar el tema de la gloria de Dios como fin de la creación. Tampoco la refieren manuales más modernos concebidos con una teología más renovada, como el de M. Schmaus<sup>2</sup>, o el de los profesores de la Gregoriana M. Flick-Z. Alszeghy<sup>3</sup>, aun cuando hacen referencia a Ireneo para argumentar el tema de la gloria de Dios manifestada en el mundo y en el hombre, pero citando otros pasajes y expresiones.

La primera mención moderna que hemos descubierto de este texto es de Hans Urs von Balthasar en su obra *Herrlichkeit* comenzada a editar el año 1961. Por dos veces refiere la frase: en el volumen primero, al hablar de la manifestación de la gloria de Dios, trae la cita expresa de «*Gloria Dei vivens homo*» y la considera tan central que concluye: «aquí podríamos desarrollar toda la teología de Ireneo», remitiendo a la exposición que hará en el volumen segundo<sup>4</sup>. En dicho volumen 2 trae de nuevo la frase como preanuncio de la síntesis teológica de Ireneo: «El acento recae sobre la gloriosa creación de Dios, *gloria Dei vivens homo*, y sobre la obra maravillosa de la economía salvífica temporal»<sup>5</sup>. Pero la verdad es que después, a lo largo de las 60 páginas en que expone el pensamiento del Obispo de Lyon, no la vuelve a mencionar.

2. M. SCHMAUS, *Teología Dogmática. II. Dios Creador* (Madrid 1959): ed. en alemán en 1954.

3. M. FLICK - Z. ALSZEGHY, *Il Creatore. L'Inizio della salvezza*, Firenze 1964 (3ª edición).

4. Cfr. trad. española: *Gloria. Una estética teológica. Vol. 1: La percepción de la forma*, Madrid 1986, p. 405.

5. Cfr. *Ibid.* vol. 2. *Estilos Eclesiásticos*, p. 18.

A partir de este momento la expresión adquiere carta de ciudadanía teológica y comienza a ser usada por los autores que desean subrayar el valor del hombre para la fe cristiana, abogando por un antropocentrismo teológico. Así la aduce E. Schillebeeckx en 1964 para poner de relieve que el amor de Dios al hombre es tan real como la misma esencia de Dios<sup>6</sup>. Por estos mismos años afluirá varias veces en una obra tan representativa de esta línea teológica como es el manual *Mysterium Salutis*, contemporáneo al Vaticano II, elaborado por la misma corriente teológica que orientó sobre todo la primera parte de la Constitución «*Gaudium et Spes*».

Son cuatro los lugares de *Mysterium Salutis* que traen la fórmula ireneana. El primero que lo hace es Walter Kern, al explicar el tema del fin de la creación, comentando cómo Dios crea para comunicar su amor y su gloria y subrayando que la realización humana y la glorificación de Dios coinciden. Esta manera intrínseca de concebir la gloria de Dios recoge la parte de verdad de Hermes y Günther cuando insistían en que el hombre no puede ser considerado como puro medio, aunque sea para gloria de Dios; pero a la vez evita caer en su antropocentrismo absoluto<sup>7</sup>.

El segundo lugar es en la cristología: Piet Smulders, al resumir la cristología histórico-salvífica de Ireneo, recuerda que el hombre ha sido creado a imagen de Dios para entrar en la comunión con El. Y esta visión antropológica la sintetiza en la frase que comentamos: «*Pues la gloria de Dios es el hombre viviente, mas la vida del hombre es la visión de Dios*», por la cual participa en su inmortalidad». Este proyecto se hace realidad por la actuación del Hijo y del Espíritu y, cuando por el pecado se rompe esa realidad primigenia, la restaura el Hijo asumiendo la carne del hombre<sup>8</sup>.

---

6. Cfr. E. SCHILLEBEECKX, *Die Heiligung des Namens Gottes durch die Menschenliebe Jesu des Christus*, en *Gott in Welt. Festgabe für Karl Rahner*, II, Friburgo 1964, p. 55, nota 10.

7. Cfr. W. KERN, *Interpretación teológica de la fe en la creación*, en *Mysterium Salutis*, vol. II, t. I, Madrid 1969, p.553-554. La cita de Ireneo se aduce en la misma línea que una frase de Bernardo de Claraval: «*Omnia propter seipsum fecit Deus, omnia propter suos (electos)*» (*In festo Pentecostes*, III,4) y otra de Tomás de Aquino: «*Idem est dictu, quod Deus omnia propter seipsum fecit... et quod creaturas fecerit propter earum esse*» (*De pot.*, 5,4).

8. Cfr. P. SMULDERS, *Desarrollo de la cristología en la historia de los Dogmas y en el Magisterio eclesiástico*, en *Mysterium Salutis*, vol. III. t. I, Madrid 1971, 435-436.

De nuevo es evocada la fórmula de Ireneo por *Alois Stenzel* al hablar del sacerdocio común de los fieles, en el ejercicio de su función real, que consiste en configurar el mundo conforme a Dios: así el hombre cristiano, en la vida, da culto y gloria a Dios: «*Gloria Dei, vivens homo*»<sup>9</sup>. Como podremos ver, es una aplicación acomodaticia de la intención original de la fórmula.

Por último aparece al tratar el tema de la relación entre la gracia de Dios y la libertad del hombre: *Piet Fransen* afirma que, según la Biblia, la vida virtuosa del hombre constituye la «gloria» de Dios. Tradición bíblica que Ireneo ha recogido en la magnífica fórmula que estamos comentando, subrayando, según eso, que toda acción buena del hombre es también don de Dios<sup>10</sup>.

En estos autores mencionados la frase del Obispo de Lyon es citada como un axioma, sin necesidad de más explicaciones. En ninguno de ellos se analiza el texto original en su significado. Intuyendo la riqueza que la fórmula encierra, ha habido teólogos posteriores, que han tratado de desentrañar su significado, leyéndola comprensivamente en su contexto. Bástenos recurrir a dos españoles de la década de los '80.

*Olegario González de Cardedal*, en una interesante obra de diálogo de la fe cristiana con la increencia desde la común base del hombre, sale al paso de un malentendido histórico por el que se le ha podido acusar al cristianismo de buscar la gloria de Dios a costa de la gloria del hombre. Con ideas de san Ireneo, expone la reciprocidad entre la gloria de Dios y la gloria del hombre: Dios es glorificado cuando el hombre participa de la vida divina en plenitud y la gloria plena del hombre consiste en conocer y participar la vida de Dios en Cristo. Y refiere, entre otros textos de Ireneo, estos dos centrales: «*La gloria del hombre es Dios; y a su vez el hombre es el receptáculo de la operación, de la sabiduría y de la fuerza de Dios*» (Adv. Haer. 3,20,2). Y «*La gloria de Dios es el hombre viviente y la vida del hombre la visión de Dios*» (Adv. Haer 4,20,7)<sup>11</sup>

9. Cfr. A. STENZEL, *El servicio divino de la comunidad reunida en Cristo. Culto y Liturgia*, en «*Mysterium Salutis*», vol. IV, t. 2, Madrid 1975, p. 44.45.

10. Cfr. P. FRANSEN, *El ser nuevo del hombre en Cristo*, en «*Mysterium Salutis*», vol. IV, t. 2, Madrid 1975, p. 926-927.

11. O. G. DE CARDEDAL, *La gloria del hombre. Reto entre una cultura de la fe y una cultura de la increencia*, Madrid 1985, p. 79-86.

En el mismo sentido se expresa *Luis F. Ladaria*, en su tratado de Antropología teológica, al explicar el sentido de la gloria de Dios como fin de la creación:

«Ninguna formulación hay tan feliz para poner de relieve la implicación mutua entre gloria de Dios y plenitud del hombre como la muy conocida de san Ireneo: '*Gloria enim Dei vivens homo, vita autem hominis visio Dei*'; el contexto en que Ireneo se mueve, aunque no aparezca aquí con claridad, es cristológico; la vida en que consiste la visión de Dios es la que da Cristo. El hombre es o manifiesta la gloria de Dios en cuanto vive, es decir, ve y conoce a Dios mediante la revelación de Jesucristo. La perfecta alabanza de Dios y la perfección del hombre son lo mismo»<sup>12</sup>.

## 1.2. *En el Magisterio eclesiástico*

La sugestiva fórmula de Ireneo ha encontrado también cabida en el Magisterio reciente. Seguiremos su trayectoria primero en las sesiones del Concilio Vaticano II y después en diversos textos vinculados al Magisterio.

En los documentos del *Vaticano II* no está la expresión. Sin embargo estuvo presente en el proceso redaccional en diversos momentos.

Aparece por vez primera en el aula conciliar en la primera sesión del Concilio en un discurso del obispo coadjutor de Estrasburgo, *A. Elchinger*, en el debate sobre la Constitución de Liturgia, abogando por introducir la lengua vernácula para el Oficio divino. Argumentaba diciendo: «Cuando oramos en la lengua en que pensamos, la oración se hace más verdadera y vívida. Así la alabanza a Dios será mayor porque Dios quiere adoradores en espíritu y verdad. Como dice San Ireneo: '*Gloria Dei, vivens homo*'»<sup>13</sup>. Como se ve, es una cita de memoria, atribuyéndole un sentido acomodaticio.

El resto de las menciones surgen en el debate sobre el Esquema XIII, que daría lugar a la Constitución pastoral de la Iglesia y el mundo actual. En la tercera sesión el arzobispo de Albi (Francia), *Cl. Dupuy*, pedía que se expusiera la doctrina cristiana sobre el uso de los bienes, arguyendo que «si la civilización futura estuviere imbuída de es-

12. L. F. LADARIA, *Antropología teológica*, Madrid 1987, p. 62.

13. Cfr. *Acta Synodalia Sacrosancti Concilii Vaticani II* (en adelante *Acta*), I,II, p. 514.

tos principios cristianos se obtendrá para gloria de Dios una alabanza más fácil y mejor, porque, como dijo San Ireneo: '*Gloria Dei, vivens homo*'<sup>14</sup>.

En la misma sesión *B. Collin*, obispo de Digne (Francia) recordaba el principio del respeto a la persona humana y lo aplicaba a la vida religiosa, precavido de no condenar al infantilismo a los jóvenes religiosos y advertía: «... y esto bajo la apariencia de dar gloria al Creador, cuando, por el contrario, ya en su tiempo San Ireneo pudo decir: '*Gloria Dei, homo vivens*'<sup>15</sup>.

En la redacción tercera de la Constitución pastoral, correspondiente ya a la sesión cuarta, aparecía en el texto la fórmula de San Ireneo, pero sin citar a su autor, sino como un axioma adquirido. Apoyándose en el hecho teológico de que el orden de la redención incluye el orden de la creación, deducía la misión universal de la Iglesia, que se extiende a todas las realidades y problemas del hombre en la conexión que tienen con lo religioso. Y concluía que la Iglesia por su predicación actúa como de fermento en todos los campos de la realidad humana y «no puede renunciar a esta universalidad de su misión religiosa ni dejar de desarrollarla ni reducirla a una forma particular de asociación. Si permitiera eso, sería infiel a Dios y además al hombre: la gloria de Dios es el hombre viviente»<sup>16</sup>. La mención del axioma de Ireneo quiere corroborar que cuidar la dimensión cristiana es contribuir al desarrollo del hombre.

En la discusión sobre esta redacción *A.C. Renard*, obispo de Versalles (Francia), pidió que se subrayara la aportación de la novedad que supone la irrupción de Cristo en la historia, para que no se diluyera el cristianismo en un humanismo genérico y, reconociendo la verdad del axioma de que «*la gloria de Dios es el hombre viviente*», se adujera completa la cita de San Ireneo, añadiendo: «*y la vida del hombre es la*

14. Cfr. *Acta*, III, VII, p. 251.

15. Cfr. *Acta*, III, VII, p. 589.

16. El párrafo completo del texto, en el n. 51 de aquella redacción, decía: «At optime etiam novit Ecclesia totum ordinem sociale, peccato vitiatum, donis remediisque indigere divinis, ut exigentiis ab ipso Deo in corde hominis inscriptis responderi possit. Praedicatione sua, fermenti instar, totam massam humanam in omni campo sublevare potest ac debet. Universalitati missionis suae religiosae renuntiare non potest nec sinere eam arctari aut ad aliquam particularem societatis formam redigi. Quod si permetteret, Deo et propterea homini infidelis fieret: gloria Dei, vivens homo»: *Acta*, IV, I, p. 470.

*visión de Dios*»<sup>17</sup>. En las redacciones posteriores estos párrafos desaparecieron y tampoco volvió a aparecer la cita de Ireneo. Pero sí se recogió la idea y parte del vocabulario en GS 43, al recordar la necesaria síntesis que se debe hacer entre la fe y la vida, de modo que «todo se coordina bajo la ordenación altísima de los bienes religiosos para *la gloria de Dios*»<sup>18</sup>. Esta línea final fue añadida en la nueva redacción sin duda para recoger la idea de Ireneo, que había quedado perdida al desaparecer el párrafo en el que iba incluida en la anterior redacción. En efecto, el tema es el mismo: se une la vida del hombre y la gloria de Dios. Pero se indica el papel ordenador que juegan ahí los valores religiosos, para no caer en un falso sentido de la secularización, según precisiones que pidieron varios padres conciliares. Se puede decir, por tanto, que ésta es la lectura que hace G.S. del axioma de Ireneo<sup>19</sup>.

Después del Vaticano II, emplean la fórmula varios documentos magisteriales.

Uno de ellos pertenece al Mensaje de Navidad de 1976 de *Pablo VI*. Todo él es un encendido cántico de admiración hacia el hombre, cuya naturaleza ha asumido el Hijo de Dios. Refleja la peculiar sensibilidad de este Papa para el humanismo. En este contexto dice:

«Nosotros salimos al encuentro de Cristo cantándole su gloria, recordando que esa gloria suya —como dice una célebre frase de San Ireneo refiriéndose a Dios— es el hombre que vive»<sup>20</sup>.

17. Cfr. *Acta*, IV, II, p. 385.

18. El texto completo es: «Siguiendo el ejemplo de Cristo, que ejerció un trabajo manual, alégrense más bien los cristianos de poder ejercer todas sus actividades terrestres, uniendo en una síntesis vital los esfuerzos humanos, domésticos, profesionales, científicos o técnicos con los bienes religiosos, bajo cuya altísima ordenación todo se coordina para gloria de Dios». Coincide con el último párrafo del n. 52 de la redacción anterior, excepto la última línea, que es un añadido de la nueva redacción. (Vid. *Acta*, IV, I, p. 471)

19. En la misma onda de pensamiento irán otros textos de la Constitución pastoral, por ejemplo GS,48: los esposos participan en la glorificación de Dios cumpliendo con su deber conyugal y familiar. Sin embargo en otros documentos conciliares la gloria de Dios se vincula más bien al conocimiento del Evangelio: «El fin que se proponen los presbíteros con su vida y ministerio es procurar la gloria de Dios Padre en Cristo. Esta gloria consiste en que los hombres acojan consiente, libre y agradecidamente la obra de Dios realizada en Cristo y la manifiesten en toda su vida» (PO,2). «Por medio de la actividad misionera Dios es glorificado plenamente cuando los hombres reciben plena y conscientemente su obra salvadora, que completó en Cristo» (AG, 7). En este último texto hay, sin embargo, una referencia a la acción de Cristo como plenitud y a la gloria de Dios plena, que deja sobreentender la gloria de Dios del hombre previa a la fe.

20. *Escritos de Pablo VI*, t., p. 404.

En la *Liturgia de las Horas* reformada por promulgación del mismo Pablo VI en 1970, se ha seleccionado como segunda lectura para la memoria de San Ireneo, el 28 de Junio, precisamente el texto de *Adv.Haer.* IV,20,5-7. Y en la entradilla en letra roja con que se acostumbra a resumir el contenido de la lectura se ha escogido la fórmula que estamos comentando, y en forma completa. En la traducción española se enuncia así: «*La gloria de Dios consiste en que el hombre viva y la vida del hombre consiste en la visión de Dios*»<sup>21</sup>. Es sintomático que de entre toda la rica producción teológica de San Ireneo se escoja justamente este texto para ser leído en su conmemoración. Significa que quienes lo han seleccionado lo consideran muy definidor de la mentalidad de Ireneo y a la vez que este mensaje adquiere resonancias especiales en este momento eclesial. Por otra parte, el hecho de ser una lectura del Oficio Divino ha contribuido a difundir la fórmula del Obispo de Lyon.

Algo parecido hay que decir de un nuevo Prefacio del *Misal Romano*, que se ha introducido recientemente. Corresponde a la edición de la *Conferencia Episcopal Italiana*, del año 1984. Es uno de los 16 nuevos prefacios que, dentro del margen de adaptación del Misal, añadió dicha Conferencia. Se trata del prefacio IX de los prefacios comunes. La *Conferencia Episcopal Española* ha incorporado los mismos prefacios en la 2ª edición oficial del Misal romano, que ha entrado en vigor en 1988. El título del prefacio es exactamente la fórmula de Ireneo: «*La gloria de Dios es el hombre viviente*». Y el cuerpo del prefacio, que constituye propiamente su comentario, dice:

«Tú eres el Dios vivo y verdadero; el universo está lleno de tu presencia, pero sobre todo has dejado la huella de tu gloria en el hombre, creado a tu imagen. Tú lo llamas a cooperar con el trabajo cotidiano en el proyecto de la creación y le das tu Espíritu para que sea artífice de justicia y de paz en Cristo, el hombre nuevo»<sup>22</sup>.

Es ésta una bella síntesis eucológica de la doctrina conciliar sobre la dignidad del hombre expuesta sobre todo en la G.S. (cfr. n. 12; 22; 38). En cuanto comentario a la frase de Ireneo, se identifica «gloria de Dios» con «imagen de Dios» (Cfr. *Gen* 1,26-27); y «el hombre viviente» se explica en cuanto coopera a la creación con su trabajo y es construc-

21. *Liturgia de las Horas según el rito romano*, t. III, Madrid 1981, p. 1341-2.

22. *Misal Romano*, Madrid 1988, p. 501



tor en este mundo de la justicia y de la paz; además se pone en relación con la acción del Espíritu, que transforma al hombre en imagen del Hombre Nuevo, que es Cristo (cfr. 2 Cor 3,18; Ef 5,8). Este es uno de los textos que se han introducido, según dice el cardenal Jubany en la presentación de la edición española, «como obsequio a la particular sensibilidad de nuestro tiempo... e incorporan con su expresión ciertas como vibraciones de la espiritualidad contemporánea»<sup>23</sup>.

El *Catecismo Católico para Adultos de la Conferencia Episcopal Alemana*, del año 1985, menciona dos veces la frase de Ireneo. La primera es al hablar del sentido de la creación:

«Aunque la gloria de Dios es el sentido primordial de la creación, esto no quiere dar a entender que Dios sea un ser egoísta y narcisista. La gloria de Dios es la gloria de su amor. Por esta razón la honra de Dios es al mismo tiempo la salvación del hombre. *'La gloria de Dios es el hombre viviente'* (Ireneo de Lyon). En consecuencia la creación se ordena también a la felicidad de las criaturas, que pueden participar de la gloria de Dios y que precisamente en la glorificación de Dios encuentran su perfección última»<sup>24</sup>.

Como se ve, la explicación va en la línea repetidamente encontrada de no contraponer Dios-hombre, sino situar a Dios como plenitud del hombre. Respecto a la «vida» del hombre, se la identifica con conceptos como salvación, felicidad, participación de la gloria de Dios.

La segunda mención es en el tema de la doctrina católica de la justificación, que, en contra de los protestantes, defiende la cooperación del hombre con Dios, aunque haya que entenderla debidamente:

«Según la concepción católica, el sentido y la finalidad de la doctrina de la justificación no es, ciertamente, la gloria del hombre, sino la gloria de Dios y de su gracia en Jesucristo (cf. DzS 1528; 1583). Pero sí puede decirse: *'La gloria de Dios es el hombre viviente'* (Ireneo de Lyon). Por esta razón dar gloria a Dios y tomar en serio la dignidad del hombre son dos aspectos que no pueden separarse. En esta perspectiva global pueden encontrarse católicos y protestantes para superar las diferencias reales que en este punto les dividen»<sup>25</sup>.

---

23. *Ibid.* Presentación. Cfr. un breve comentario a este prefacio: J. LÓPEZ, *Los nuevos textos del «Misal Romano» español*, en «Phase» 28 (1988) 49-50, quien asegura que este prefacio, cuyo título reproduce la famosísima frase de San Ireneo, es el más original de los tres nuevos prefacios comunes, siendo muy apropiado para presentar la unidad entre la vida del creyente y la celebración.

24. *Catecismo Católico para Adultos*, tr. española, Madrid 1988, p. 104.

25. *Ibid.* p. 260.

En este texto la fórmula de Ireneo, defensora de un correcto humanismo, se convierte en un argumento a favor de la posición católica respecto al modo de entender la relación Dios-hombre. Y puede ser lugar de encuentro y de diálogo ecuménico.

Una cita de *Juan Pablo II* en la Encíclica «*Dominum et vivificantem*» (1986), creemos que capta en toda su profundidad el pensamiento de Ireneo. Se trata de una descripción sintética de la antropología cristiana, que es definida así:

«...la antropología cristiana: la teoría y la praxis, fundada en el Evangelio, en la cual el hombre, descubriendo en sí mismo su pertenencia a Cristo, y en él la elevación a 'hijo de Dios', comprende mejor también su dignidad de hombre, precisamente porque es el sujeto del acercamiento y de la presencia de Dios, sujeto de la condescendencia divina en la que está contenida la perspectiva e incluso la raíz misma de la glorificación definitiva. Entonces se puede repetir verdaderamente que *la gloria de Dios es el hombre viviente, pero la vida del hombre es la visión de Dios*' (Cf. S. Ireneo, *Adv. Haer.* IV, 20,7): el hombre, viviendo una vida divina, es la gloria de Dios, y el Espíritu Santo es el dispensador oculto de esta vida y de esta gloria»<sup>26</sup>

La cita de Ireneo es traída de modo completo, notándose el interés por destacar la segunda parte: el tema de la visión de Dios como clave de la vida del hombre, que se convierte así en vida divina. De ese modo sale al paso de una interpretación reduccionista.

En la misma línea se sitúa el reciente *Catecismo de la Iglesia Católica* publicado por *Juan Pablo II* en 1992. Menciona la frase al explicar la afirmación del Vaticano I de que «el mundo ha sido creado para gloria de Dios». Y cita a San Ireneo para comentar cómo ese fin no va en detrimento del hombre:

«La gloria de Dios consiste en que se realice esta manifestación y esta comunicación de su bondad para las cuales el mundo ha sido creado. Hacer de nosotros 'hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia' (Ef 1,5-6): 'Porque la gloria de Dios es el hombre vivo y la vida del hombre es la visión de Dios: si ya la revelación de Dios por la creación procuró la vida a todos los seres que viven en la tierra, cuánto más la manifestación del Padre por el Verbo procurará la vida a los que ven a Dios' (S. Ireneo, *haer.* 4,20,7). El fin último de la creación es que Dios, 'Creador de todos

26. JUAN PABLO II, Carta Encíclica «*Dominum et vivificantem*», n. 59

los seres, se hace por fin *todo en todas las cosas* (1 Cor 15,28), procurando al mismo tiempo su gloria y nuestra felicidad' (AG 2)»<sup>27</sup>.

Este párrafo tiene tres puntos dignos de destacar: Que, como el Catecismo alemán, une la gloria de Dios con la felicidad del hombre. Que trae el texto completo de la cita de Ireneo, cosa no frecuente en otras citaciones. Y que por la misma cita explica el sentido de la vida del hombre: es la visión de Dios, ya incoada aquí y que llegará a plenitud en la otra vida. Es un ejemplo de cómo usar correctamente un texto patrístico, mostrando su sentido original, según veremos más abajo.

En síntesis, se pueden resumir en dos los usos fundamentales que hacen de la fórmula de Ireneo los 19 lugares donde la hemos encontrado citada.

1º) El uso más abundante y más profundo y rico teológicamente es para resaltar la valoración cristiana del hombre en su dignidad, descubriendo la implicación mutua —en lugar de la exclusión— entre gloria de Dios y gloria del hombre. Podríamos decir que para explicar en qué consiste la gloria de Dios, se fijan sobre todo en el sustantivo «homo» del texto de Ireneo. Dentro de esta orientación hay un doble matiz:

a) Unos, que resaltan el hecho de la dignidad humana en sí, sin pretender más explicaciones (U.von Balthasar, Schillebeeckx, Collin, Pablo VI, 2º texto del Catecismo alemán).

b) Otros, que apuntan en qué sentido Dios hace que el hombre sea plenamente hombre, es decir, sea «hombre viviente» en plenitud: porque le da la posibilidad de participar en su vida divina y, por consiguiente, lleva al culmen la dignidad humana (Kern, Smulders, G. de Cardedal, Ladaria, Renard, prefacio, texto 1º del Catecismo alemán, Juan Pablo II y Catecismo de la Iglesia Católica).

2º) Otros textos utilizan la cita de Ireneo fijándose sobre todo en el adjetivo «vivens», queriendo resaltar la importancia que tiene la vida para glorificar a Dios y la necesidad de unir fe-vida (Stenzel, Fransen, Elchinger, Dupuy, redacción de G.S.).

---

27. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 294: tr. española, Madrid 1992, p. 73. En el último párrafo, el «tandem fiat» de la cita textual de AG 2, se debería traducir «se haga por fin» en lugar de «se hace por fin».

## 2. *El sentido de la fórmula en Ireneo*

Ante esta diversidad de usos de la fórmula de Ireneo, tratamos de presentar ahora su sentido original. Para ello la tenemos que situar en el contexto en que aparece y ver el significado que atribuye el Obispo de Lyon a las expresiones principales<sup>28</sup>.

### 2.1. *El contexto*

Todo el libro IV de *Adversus Haereses* intenta demostrar con los Evangelios que el Dios Creador y el que Cristo ha revelado como Padre son el mismo y único Dios, en contra de la herejía de los valentinianos (cfr. c.1). Y todo el argumento va a girar en torno a un texto central: «*Nadie conoce al Hijo sino el Padre y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar*» (Mt 11,28; cfr. Lc 10,22). Según Ireneo los gnósticos tergiversaban este pasaje evangélico interpretando que nadie conoció al verdadero Dios antes de la venida de Jesucristo (cfr. c. 6).

Pero el Obispo de Lyon mostrará que ya fue conocido en el A.T., puesto que el Verbo, que es el revelador y la manifestación del Padre, fue conocido por Abrahán (c. 7 y 8) y por los escritores y profetas del A.T. (c. 10-11), de modo que el autor y fin de ambos Testamentos es el mismo (c. 9) y el Verbo es el único Legislador de ambos (c. 12-19). El capítulo 20, en el que se encuentra la fórmula que comentamos, viene a ser como la recapitulación de todo lo precedente, que se expresa en esta tesis teológica: Dios, que por su grandeza no puede ser visto, por su amor se hace visible a los hombres de diversos modos, ya desde el Antiguo Testamento, según las diversas economías salvíficas. Y la razón es para que los hombres vivan, porque la manifestación y el resplandor de Dios es vivificante de aquellos que lo ven. Así, el dicho de Ex. 33,20: «*Nadie que vea a Dios vivirá*», por voluntad de Dios se transforma paradójicamente en lo contrario: «Los hombres verán a Dios para vivir». La conclusión es la famosa fórmula, que viene

---

28. Una vez elaborado el presente estudio, hemos conocido el artículo de A. ORBE, *Gloria Dei vivens homo*, en «Gregorianum» 73 (1992) 205-268, que analiza no sólo la expresión sino todo el contexto de *Adv. Haer.* IV, 20,1-7, destacando particularmente los puntos de contraste con los valentinianos.

a ser la síntesis de la exposición: «*La gloria de Dios es el hombre viviente y la vida del hombre es la visión de Dios*».

## 2.2. *Análisis del contenido de la fórmula*

El texto, en el que se inserta, es un comentario de Jn 1,18: '*A Dios nadie lo ha visto jamás; pero el Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, lo ha revelado*':

«Por ello el Verbo se ha hecho el dispensador de la gracia del Padre para provecho de los hombres, en favor de los cuales ha realizado tan grandes economías, mostrando Dios a los hombres y presentando el hombre a Dios; por una parte, salvaguardando la invisibilidad del Padre, para que el hombre no le perdiese el respeto y siempre tuviese algo hacia donde avanzar; y al mismo tiempo tornando a Dios visible para los hombres por múltiples economías, no fuera que el hombre, privado totalmente de Dios, dejara hasta de existir. *Porque la gloria de Dios es el hombre viviente y la vida del hombre es la visión de Dios*. Pues si la manifestación (ostensio) de Dios que tiene lugar por la creación confiere la vida a todos los que viven sobre la tierra, mucho más la revelación (manifestatio) del Padre mediante su Verbo da la vida a aquellos que ven a Dios»<sup>29</sup>.

Analicemos el significado de las expresiones más importantes para nuestro tema:

### 2.2.1. *La gloria de Dios*

En este texto el sentido de la expresión «gloria de Dios» equivale a manifestación, revelación, la manera como Dios se hace visible y se da a conocer, es decir, su resplandor, su luz. No se trata, en absoluto de la gloria que el hombre puede dar a Dios.

Concretamente se refiere a la gloria de Dios Padre, que se ha ido revelando de manera progresiva a través de distintas «economías» en la Historia de la Salvación. Este sentido progresivo de la manifestación y revelación de la gloria de Dios es muy característico de Ireneo. En efecto, «Dios, que nos formó, nos fue preparando, para que estando con él, participásemos de su gloria»; y así «fue componiendo al género humano de muchos modos para la armonía de la salvación»: la creación,

29. *Adv. Haer.* IV,20,7.

la elección de los patriarcas, la conducción del pueblo elegido, la pedagogía de los profetas que los iba acostumbrado al Espíritu divino y a entrar en comunión con Dios<sup>30</sup>. Ireneo divide la economía de la revelación salvífica en tres etapas: la economía del Espíritu, que corresponde a la revelación profética del Antiguo Testamento, la economía del Hijo, que corresponde a la revelación de la adopción filial en el Nuevo Testamento, y la del Padre, que corresponde a la participación de su gloria en la vida eterna<sup>31</sup>.

Ahora bien, en todas esas «economías» la gloria de Dios se hace visible por medio del Hijo, el Verbo encarnado, que es el Revelador del Padre (cfr. Jn 1,18). Esta visibilización de la gloria de Dios ocurre ya en la revelación natural porque «todos por el Verbo aprenden que no hay más que un solo Dios Padre, que contiene todo y da la existencia a todo»<sup>32</sup>. Pero de modo especial en la revelación propiamente dicha, donde el Verbo se constituye en el dispensador de la gracia del Padre a través de sus distintas «economías» de revelación: «Desde el principio el Hijo es Revelador del Padre, puesto que desde el principio está con el Padre: las visiones proféticas, la diversidad de gracias, sus ministerios, la glorificación del Padre, todo esto de una manera armoniosa y sinfónica lo ha recitado a la humanidad para su provecho. En efecto, donde hay composición hay melodía, y donde hay melodía hay tiempo preciso, y donde hay tiempo preciso hay provecho»<sup>33</sup>. En resumen, la gloria de Dios, lo visible del Padre, es Cristo, porque «en la carne de nuestro Señor aparece la luz del Padre y de su carne nos viene a nosotros el resplandor y así el hombre llega a la incorruptibilidad rodeado de la luz del Padre»<sup>34</sup>.

### 2.2.2. *La vida del hombre*

La gloria de Dios se manifiesta por pura benevolencia para que pueda ser vista por el hombre, que de por sí es incapaz de captar a Dios. Y esa visión de Dios es lo que hace vivir al hombre. Sin ella el hombre dejaría de existir:

---

30. *Adv. Haer.* IV,14,1-2. Es el comentario de «lo preparé, formé e hice para mi gloria» (Is. 43,7).

31. Cfr. *Adv. Haer.* IV,20,5.7; 38,3.

32. *Adv. Haer.* IV,20,6.

33. *Adv. Haer.* IV,20,7.

34. *Adv. Haer.* IV,20,2.

«Lo mismo que los que ven la luz están dentro de la luz y participan de su resplandor, así los que ven a Dios están dentro de Dios participando de su resplandor. Ahora bien, el resplandor de Dios es vivificante. Los que ven a Dios participarán de la vida. Y éste es el motivo por el que aquel que es inasible, incomprensible e invisible se ha ofrecido para ser visto, percibido y recibido por los hombres: para vivificar a los que lo perciben y lo ven. Porque si su grandeza es inescrutable y su benignidad inenarrable, por tal bondad se hace ver y da la vida a los que lo ven. Porque es imposible vivir sin la vida y no hay vida si no es por la participación en Dios. Y la participación en Dios consiste en ver a Dios y gozar de su benignidad. Por ello, los hombres verán a Dios para vivir; por esta visión serán inmortales y llegarán a alcanzar a Dios»<sup>35</sup>.

Quizá sea éste el mejor comentario de la famosa fórmula de Ireneo. En síntesis: La gloria de Dios hace vivir al hombre y por tanto la vida del hombre consiste en ver a Dios.

Si esto es así, lo mismo que hay diversas formas de revelación de Dios, también hay diversas formas de vida del hombre, correspondientes a la manifestación divina:

1ª) La revelación de Dios por la creación comunica la vida natural a los seres vivientes. Y en concreto el hombre se constituye en «hombre viviente» porque ha sido hecho por las dos manos de Dios: el Verbo y la Sabiduría, es decir, el Hijo y el Espíritu Snto. Y así el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios. La imagen indica la marca del Hijo en el cuerpo, en referencia al Hijo que había de tomar carne; y la semejanza indica la marca del Espíritu en el alma en referencia a la participación de la vida divina por el Espíritu<sup>36</sup>. En todo lo cual aparece que la misma vida humana natural es manifestación y gloria de Dios.

2ª) La revelación de Dios manifestada en la economía salvífica comunica una nueva forma de vida: la de la filiación adoptiva, que tiene como tres etapas: Se anuncia y prepara a través de la revelación profética por la acción del Espíritu Santo; se realiza germinalmente en la revelación del Verbo encarnado, por la participación en Cristo, cuya economía se prolonga en el «Milenio», y se lleva a plenitud en la eternidad por la visión de la gloria del Padre, que produce la vida eterna

35. *Adv. haer.* IV,20,5.

36. cfr. *Adv. Haer.* IV,20,1. Cfr. J. MAMBRINO, *Les deux mains de Dieu dans l'oeuvre de S. Irénée*, en NRT, 79 (1957) 355-370; L. REGNAULT, *S. Irénée de Lyon*, en DSp, col. 1945; A. ORBE, *Antropología de San Ireneo*, Madrid 1969, p. 89-148; J. FANTINO, *L'homme image de Dieu chez saint Irénée de Lyon*, Paris 1986, 142-143.

y la incorruptibilidad. Así el hombre ha ido madurando y acostumbrando sus ojos al resplandor de la luz de Dios, preparándose para ver y captar a Dios<sup>37</sup>. Y esto será posible incluso para la «carne» misma del hombre, por estar en comunión con la carne del Hijo, que ha asumido la carne humana. Así la visión definitiva del Padre comunica la vida eterna al hombre<sup>38</sup>.

De lo dicho se deduce cuál es la gloria del hombre y dónde está su cima, su perfección y su plenitud, es decir, cuál es el destino al que está llamado: participar de la vida de Dios. Por eso Ireneo puede decir: «La gloria del hombre es Dios. Y a su vez el receptáculo de la acción, la sabiduría y el poder de Dios es el hombre»<sup>39</sup>. Y en otro lugar: Si acoge los beneficios de Dios, va progresando hacia El y así «el hombre es receptáculo de la bondad de Dios e instrumento de su gloria»<sup>40</sup>. Esta es la dignidad del hombre, según San Ireneo. Este es su humanismo: Sin ver y conocer a Dios el hombre deja de existir; pero acogiendo su manifestación se convierte en resplandor de su gloria, a imagen de Cristo, hasta participar eternamente de la gloria del Padre. La gloria de Dios hace vivir al hombre y el hombre que vive la vida divina se constituye en gloria de Dios.

\* \* \*

La lectura directa en Ireneo de su famosa fórmula nos puede ayudar a devolverle su profundidad original. El santo quiere decir que Dios y el conocimiento de Dios pertenecen a la identidad misma humana. La máxima gloria y dignidad del hombre consiste en estar destinado a vivir en plenitud, es decir, a participar de la vida

---

37. Cfr. *Adv. Haer.* V,8,1. El tema ireneano de la pedagogía de Dios para acostumbrar al hombre a sí mismo lo ha estudiado P. EVIEUX, *Théologie de l'accoutumance chez S. Irénée*, en RSR 55 (1967) 5-54.

38. Cfr. *Adv. Haer.* IV,37-38. Para estudiar con más detalle este tema, vid. E. LANNÉ, *La vision de Dieu dans l'oeuvre de saint Iréné*, *Irenikon* 33 (1960) 311-320; J. OCHAGAVIA, *Visibile Patris Filius. A Study of Irenaeus Teaching on Revelation and Tradition* (Roma 1966) p. 59-70; J.I. GONZÁLEZ FAUS, *Carne de Dios. Significado salvador de la encarnación en la Teología de S. Ireneo* (Barcelona 1969), esp. p. 43-59; 141-161; R. TREMBLAY, *La manifestation et la vision de Dieu selon saint Irénée de Lyon*, *Münster* 1978, p. 150-156; 175-178; A. ORBE, *Visión del Padre e incorruptela según San Ireneo*, *Gregorianum* 64 (1983) 199-241.

39. *Adv. Haer.* III,20,2.

40. *Adv. Haer.* IV,11,2.



---

y comunión con Dios. Y ello es posible por la revelación de Dios en Cristo, el Hombre nuevo, el resplandor de la gloria del Padre. De todo ello se puede concluir, entre otras cosas, que no hay obra más humanizadora que la evangelización misma. Porque quien llega a conocer y seguir a Cristo, ve al Padre y la visión de Dios es la vida del hombre.

